

ciándose en Santo Domingo, se rompieron las hostilidades; y despertándose en Zaragoza el instinto bélico que debía elevarlo tanto, tomó parte en la contienda con unos cuantos rifleros del Norte, y desde entonces reveló lo que debía esperar de él la justa causa que abrazaba.

El partido reaccionario, dueño de la capital de la República, auxiliado con los cuantiosos recursos del clero, escudado con la triple coraza del hábito, de la aristocracia y del fanatismo, emprendió con la Reforma una lucha suprema, en que salió, en que no podía dejar de salir vencido, porque no hay ya resistencia eficaz contra la idea democrática del progreso, sol de nuestro siglo, nuncio del porvenir, fuente de perfectibilidad, de cuyas aguas brotará la regeneración del mundo.

En la temible prueba de los combates, no tardó en llamar la atención el joven fronterizo, bizarro en la pelea, obediente á sus gefes, suave con el soldado, leal, pundonoroso, sin pretensiones, sin celos. Era el ciudadano Ignacio Zaragoza. Sus relevantes cualidades, no desmentidas después, pronto lo colocaron en puestos superiores, en los que fueron siendo cada vez más eminentes sus servicios.

Como no tengo los datos necesarios para escribir su biografía, ni es tampoco ese el objeto de este escrito, no me detendré en narrar los episodios de su vida militar, durante los tres años de guerra con los efímeros gobiernos reaccionarios. Para mi propósito bastará recordar, que en ese largo período no soltó las armas de la mano, y que en ninguna de las acciones en que se encontró, que fueron muchas y reñidas, dejó de ir ganando fama con su irreprochable comportamiento.

Ya en el sitio de Guadalajara, después de la separación de Degollado del mando en jefe del ejército liberal, y por la ausencia temporal de Gonzalez Ortega, el voto de sus compañeros lo puso á la cabeza de las tropas. Zaragoza se mostró, como siempre, merecedor de esa distinguida prueba de confianza. Negándose á entrar en pláticas de paz con Márquez, á quien echó en cara su alevosa conducta, lo derrotó completamente.

Las armas liberales avanzaron triunfantes en dirección de la capital. Restablecido el general Ortega de sus enfermedades, volvió á ponerse al frente del ejército; y el modesto Zaragoza, que en cualquiera colocación estaba contento y no aspiraba sino á servir á su patria, quedó de cuartel-maestre. Con ese carácter asistió á la batalla de Calpulalpan, en cuyo triunfo le correspondió una parte bien gloriosa.

Reinstalado en México el gobierno constitucional, hubo todavía necesidad de ir sofocando las chispas que quedaban del estinguido incendio. Para toda empresa importante se empleó la espada de Zaragoza, campeón de cuya lealtad y de cuyo valor no se podía dudar.

Poco después fué llamado al ministerio de la guerra, donde sin desmentir su modestia, que era uno de sus rasgos más característicos, dió pruebas de una notable actividad, de una consagración exclusiva al cumplimiento de sus deberes administrativos, de un celo infatigable para perseguir á los restos de la facción vencida. Con estas relevantes prendas

Art. 4.º Como muestra de reconocimiento nacional, se debe á la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de cien mil pesos, que se le entregará en bienes nacionales, y mientras esto no se efectúa, se le asigna una pensión anual de seis mil pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporción que los aumentos á la graduación de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

Art. 5.º En los mismos términos se señalará á la señora madre del general una pensión vitalicia de mil pesos, y á las señoras sus hermanas pensiones de la misma clase, que juntas sumen tres mil pesos anuales.

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LOS FUNERALES

Art. 6.º Desde la publicación de este decreto la ciudad de Puebla le

DEL GENERAL ZARAGOZA

Por el C. Lic. José Maria Iglesias

CONCIUDADANOS:

Resultado natural es de esos terribles sacudimientos de los pueblos que llamamos revoluciones, dar á conocer á los seres privilegiados que los simbolizan. La abnegación, el génio, el heroísmo, ó no se desarrollan, ó no brillan, en épocas de paz, reservándose para los tiempos de agitación en que llegan á ser indispensables. Así luce en medio de las tempestades la ciencia del piloto, desconocida é inútil mientras el mar se conserva sereno y bonancible.

Esa ley providencial ha tenido, como todas las de su clase, su cumplimiento en nuestra patria; y sin referirnos á épocas ya lejanas, la vemos realizada en los acontecimientos contemporáneos de la lucha gloriosa de la Reforma. En defensa de los grandes principios representados por esa palabra, han brillado entre nosotros hombres eminentes, honra de México, beneméritos de la humanidad. La audacia de Lerdo, la rigidez de Ocampo, la abnegación de Degollado, la decisión de Gutierrez Zamora, el denuedo de Valle, para no hablar sino de los que han muerto después de figurar en primera línea, son virtudes dignas de los mayores encomios. La historia las ha hecho ya suyas, y no alcanzará á borrarlas el hálito emponzoñado de la envidia.

Al lado de esos esclarecidos patricios se presentaba dignamente el joven, el modesto, el valiente, el malogrado general, cuya pérdida irreparable lloramos con lágrimas del corazón. Ayer era nuestra esperanza: hoy es la causa de nuestro dolor. Su prematura muerte convierte el himno de triunfo en fúnebre plegaria..... Detengámonos á contemplar esa figura.

Cuando los reaccionarios desconocieron al general Comonfort, pronun-

contribuyó eficazmente al memorable triunfo de Pachuca, alcanzado por la division puesta á las órdenes del valiente general Tápia.

Salido del ministerio, quedó en espera de nuevas ocasiones en que prestar á su patria esos servicios, de cuya utilidad habia dado ya tantas pruebas.

La deseada oportunidad no tardó en presentarse. Con la invasion de México por las potencias aliadas, se abrió para Zaragoza la época mas brillante de su vida.

Ansioso de tomar parte en la campaña contra el enemigo extranjero, se incorporó al ejército de Oriente, mandado entonces por el general Uruga. Al salir de esta capital, dejó casi moribunda á su esposa, á la que no debia volver á ver. No lo detuvo ese grave cuidado de familia, del que prescindió con la grandeza de alma que sabe anteponer el deber á los mas dulces afectos del corazon.

Nombrado luego general en jefe de ese ejército, al que habia ido gustoso en posicion menos elevada, ni por un momento se arredró con la presencia de huestes afamadas en el mundo entero. Pronto siempre á sacrificarse, decidido á no transigir con la ignominia, en todas ocasiones se mostró firme, enérgico, digno guardian de la honra de México, que le estaba especialmente encomendada.

Rotos los preliminares de la Soledad por una perfidia mas que púnica, el general mexicano demostró en los campos de batalla, que su entereza anterior habia sido la simple manifestacion del heroico ardimiento en que rebosaba su corazon.

La defensa de las Cumbres de Acultzingo, emprendida con solo el objeto de causar daño al enemigo, sin oponerle una resistencia tenaz, corroboró la idea de que los soldados mexicanos son capaces de luchar con cualesquiera otros, cuando los conducen gefes como Zaragoza y como Arteaga. El principio de las hostilidades anunciaba el triunfo que poco despues debian alcanzar nuestras armas.

Ese triunfo es el grandioso, el solemne, el inolvidable del 5 de Mayo. La memoria de ese dia será eterna entre nosotros, como lo es la del 15 de Setiembre de 1810, la del 27 de Setiembre de 1821, la del 11 de Setiembre de 1829. Años enteros de infortunios y desastres se olvidan y quedan compensados con esos dias, á la vez fugaces y perdurables, en que ha bañado á México la luz refulgente de la dicha, de la gloria, de la inmortalidad.

¿Quién no recuerda la inmensa ansiedad que se apoderó de esta patriótica poblacion, cuando el hilo telegráfico anunció el ataque del cerro de Guadalupe? Pendientes del resultado, nuestra vida se concentró en los mensajes que iban dando á conocer lo que pasaba. Asistiamos desde aquí al combate, atendiamos á sus peripecias, oiamos el estruendo del cañon, lamentábamos nuestras pérdidas, fluctuábamos entre el temor y la esperanza. La noticia de la victoria puso el sello á tantas emociones, con la mas grata, con la mas pura de todas. Los que la sintieron la comprenderán; la palabra es impotente para espresarla.

La importancia del triunfo del 5 de Mayo parece mayor, cada vez que se medita en sus grandes consecuencias. Con él se dió una severa leccion al enemigo, que encontró leones donde pensaba hallar gamos. Con él se salvó la honra nacional que habria quedado lacerada, si nos hubiera impuesto la ley un puñado de invasores. Con él se obtuvo ante el mundo la vindicacion del nombre mexicano, que será en lo sucesivo pronunciado con respeto, como el de un pueblo que sabe luchar y morir en defensa de su independendencia.

Tal vez las negras nubes del infortunio cubrirán el horizonte de nuestra patria; pero tras de ellas estará, y acabará por romperlas, para aparecer radiante y deslumbrador, ese sol del 5 de Mayo que alumbró la victoria de los hijos de México sobre los vencedores en cien combates.

El éxito de la batalla fué tanto mas apreciado, cuanto menos se esperaba. No habia en el extranjero quien lo creyera posible: nadie calculaba que el ejército francés fuese detenido en su marcha triunfal á la capital de la República. Entre nosotros mismos, la idea que generalmente predominaba, era la de que seria ineficaz la resistencia; y mas bien que contar con un triunfo poco probable, se limitaba el voto patriótico á sucumbir con gloria. Pocos mexicanos abrigaban esa fé, que obra prodigios en todo, y en ninguno descollaba de una manera tan patente como en el digno general, que ni un momento dudó de la victoria de la buena causa. Habia algo providencial en esa creencia firme, inalterable, que auguraba el desenlace mas halagüeño, y duplicaba el aliento de los bravos soldados que esponian su vida por obtenerlo.

¿Con cuánta complacencia se detiene el ánimo en la contemplacion de aquel fausto suceso, como si quisiera neutralizar con ese bálsamo el profundo dolor de esta fúnebre solemnidad! ¿No veis, no veis ese féretro circundado de una aureola de luz, cual si lo alumbrase el sol del 5 de Mayo? Ahí descansan los restos inanimados del vencedor de Márquez, del vencedor de Lorenéz!

Con la retirada de los franceses á la ciudad tomada con alevosía, y que les habia servido de punto de partida, volvió á sus posiciones de Acultzingo ese heroico ejército de Oriente, tan sufrido en las miserias como intrépido en el combate; ese ejército al que tanto debe la patria, del que puede decirse que era digno de su gefe, y en el que generales, oficiales y soldados, recibirán como elogios propios los que se hagan del ilustre caudillo que tuvo la gloria y la honra de mandarlo.

Y lo harán así, porque Zaragoza amaba á sus compañeros de armas, como á sus hermanos, como á sus hijos. Trabajaba sin descanso en mejorar la organizacion de sus fuerzas, para presentarlas al invasor cada vez mas dignas de pelear por la independendencia de su patria.

La capital de la República llevaba meses de no ver al esclarecido general, cuando sabe de repente que ha venido por breves horas á tratar de asuntos del servicio. En el acto se improvisan espontáneas demostraciones de cariño, para significar el júbilo con que la ciudad recibe á su huésped. Las campanas rompen su largo silencio para saludarlo; el pue-

blo, recorre las calles entre víctores y plácemes, y le busca en su casa y en palacio para felicitarlo: sus amigos le obsequian con una comida de hermanos.

Tal me parece que fué ayer. La franqueza, la expansion, reinaban en el convite: los brándis sucedian á los brándis, todos entusiastas, patrióticos, encomiásticos del héroe de la funcion. Cuando él pronunció el suyo, la emocion apagó su voz; las lágrimas asomaron á los ojos de aquel hombre tan sereno en el peligro. Sus palabras solemnes revelaron de nuevo esa fé en la salvacion de México, que no le abandonó un instante, así como su entrañable amor á la patria á que habia consagrado su existencia. Veia á la nacion entera detras del ejército de Oriente; aquella era, así lo esperamos, la vision profética del porvenir.

Al despedirse de nosotros, nadie se imaginaba que oia su voz por última vez, que por última vez le estrechaba en sus brazos. Nadie creia que pocos dias despues tomaria aquella escena fraternal el triste carácter de una despedida eterna.

Tales son las vicisitudes de la vida: tan profunda así la miseria de las cosas humanas. Lo que juzgamos realidad tangible, es ilusion fugaz; lo que soñamos felicidad es desventura. Y por eso estamos todavía mas obligados á seguir sin desviacion la senda estrecha del deber.

Así la siguió Zaragoza, hasta encontrar la muerte por esa vía. Las continuas fatigas de la campaña minaron su robusta salud. Atacado del tifo, sucumbió en pocos dias.

Luego que circuló la noticia de su enfermedad, la ansiedad pública volvió á tomar ese carácter de agitacion, que anuncia la existencia de un acontecimiento trascendental. Renovóse el vivo empeño con que se esperaban el 5 de Mayo los partes telegráficos. El pueblo comprendia que si entonces se trataba de su salvacion, tratábase ahora de la vida de su salvador.

En la mañana del 8 de Setiembre, dia nefasto para lo venidero, se recibió un mensaje, elocuente en su laconismo, del médico que asistia al enfermo. Decia así: "Son las diez y diez minutos: acaba de morir el general Zaragoza."

La triste nueva, esparcida lentamente, recibió para el público plena confirmacion en los tres alarmantes cañonazos disparados al entrár la noche. Al escuchar aquel ruido desusado, la gente se precipita á las calles para averiguar qué lo motiva. Los amigos, los conocidos se encuentran, y omitiendo el saludo de costumbre, unos á otros se repiten las últimas palabras del parte telegráfico: "ha muerto el general Zaragoza."

Ha muerto, sí, uno de los caudillos de la Reforma, el vencedor de los franceses, el general en quien cifraba hoy la patria sus mas caras esperanzas. Ha muerto lleno de fé en la victoria, consagrado exclusivamente á sus deberes, como lo reveló el sublime delirio de su agonía, de esa hora suprema en que se descubren sin disfraz los mas recónditos sentimientos del alma. Ha muerto cuando la planta del extranjero profana el suelo mexicano, cuando surcan el mar los refuerzos que esperan los

invasores para abrir una campaña sangrienta. Ha muerto en el lecho del hombre pacífico, devorado por una fiebre maligna, en vez de sucumbir, cual correspondia á un guerrero de su talla, al frente del enemigo, á la cabeza de una columna, derribado por una bala francesa al tremolar heróico la bandera nacional.

Pero no, yo me engaño: la diferencia es nominal. El general que fallece de resultas del cumplimiento de sus deberes militares, perece en el campo de batalla: su muerte es igualmente gloriosa. La de Zaragoza ha sido la del buen ciudadano, la del esclarecido patriota, la del gefe pundonoroso. Muerte envidiable, noble remate de su noble vida.

Llora, México, llora sin consuelo por la pérdida de uno de tus mas distinguidos hijos; pero que tu llanto no sea estéril, sino antes bien fecundo para producir dignos imitadores del héroe. Seguid, mexicanos, siquiera sea de lejos, sus huellas luminosas, para salir de la terrible crisis en que nos encontramos, con la frente limpia, con la conciencia tranquila. Tomad por modelo al jóven que á los 33 años ha sabido dejar una memoria imperecedera, y por mas que el tirano de la Francia aglomere sobre nosotros sus aguerridos batallones, no será dudoso el éxito de la contienda. Vencerémos en ella; y el dia que puedan agregarse nuestros laureles á los siempre frescos de esa tumba que va á cerrarse á nuestra vista; el dia en que se firme una paz honrosa, salvándose la dignidad nacional, pues debemos antes perecer que admitirla de otra manera, habremos levantado, creedme, el monumento mas honorífico á Zaragoza, el mas adecuado á la alta nobleza de sus sentimientos.

Por ahora, despedámonos del héroe: ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretegidas por nuestro agradecimiento: sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en altar de la patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestros odios, cuanto haya de impuro en el corazon de cada uno, para prepararnos debidamente á la obra mas santa de los pueblos: la de la conservacion de su soberanía.

Y tú, insigne mexicano, que nos has enseñado el camino que á todos nos cumple seguir, gózate en los ópimos frutos que has dejado de tu corta mansion sobre la tierra. Quieres consuelos? Para tu hija querida, la herencia envidiable de tu nombre. Para tu patria adorada, esa misma herencia, tu heróico ejemplo, los prósperos resultados de tus hazañas. Para tu memoria en el mundo, el lauro inmarcesible de la gloria. Para tu alma inmortal, el premio con que Dios galardona la virtud.

Muerte... Dios mio...
¿A dónde está el guerrero venturoso?
Reclámpago al moverse el héroe rayo.
Que empujé nuestro pendon heróico.
Resplandeciente con el sol de Mayo?
Dónde el escudo está que en la tormenta
Destruió con émpuje diamantino
Las olas que inundaron á Magenta
Y que tiñó con sangre Solferino?